

VIAJES QUE VALEN MÁS QUE UNA VIDA. BLASCO IBÁÑEZ Y EL MAR

Manuel MAESTRO
Presidente del Círculo Letras del Mar

*En España se haría millonario
cualquier escritor si le
leyeran todos los que le admiran
y la mitad siquiera de los que le odian.*

Benavente

Y aún dicen que el pescado es caro



S muy frecuente asociar la frase «Y aún dicen que el pescado es caro» con el cuadro exhibido en el Museo del Prado ostentando este título, realizado por Joaquín Sorolla, que representa a dos pescadores mientras atienden a un compañero accidentado durante la faena de la pesca. Lo que es menos frecuente es conocer que el título le vino dado por una novela de Vicente Blasco Ibáñez, *Flor de mayo*, que se desarrolla en las playas del barrio valenciano del Cabañal. Y más concretamente, en uno de sus capítulos en el que muere un pescador llamado Pascualet y su tía se lamenta de lo sucedido, exclamando: «¡Que viniesen todas las zorras que regateaban al comprar en la pescadería! ¿Aún les parecía caro el pescado? ¡A duro

debía costar la libra...!».

Esta es una muestra de la relación existente entre ambos ilustres paisanos y amigos que llevaron al lienzo y al papel sus mágicas descripciones de la Albufera valenciana y del esplendoroso mar Mediterráneo y sus habitantes. Vicente Blasco Ibáñez, del que este año se conmemora el 150 aniversario de su nacimiento en la capital del Turia, al igual que Sorolla fue un apasionado del mar. Una faceta poco conocida es que quiso estudiar Náutica, para lo que precisaba aprender matemáticas, lo que frenó su carrera, ya que necesitaba amarrar su fantasía a la disciplina, por lo que abandonó pronto los estudios, contentándo-



Casa-Museo de la Malvarrosa.

se con ir en las horas de clase a la playa para tenderse a la sombra de una barca, mientras contemplaba la tarea de los pescadores que faenaban cerca de la costa. Finalmente se inclinó por los estudios de Derecho, carrera que nunca ejerció.

Para huir de la popularidad, y en busca del ambiente propicio para escribir sus novelas, compró un terreno en la playa de la Malvarrosa, sobre el que construyó una vivienda mirando al *Mare Nostrum*, donde hoy se alberga su museo, cuyas vistas describía así su amigo Joaquín: «¡El agua era de un azul tan fino! Y la vibración de la luz era una locura. He presenciado el regreso de la pesca: las hermosas velas, los grupos de pescadores, las luces de mil colores reflejándose en el mar ...me proporcionan un rato difícil de olvidar».

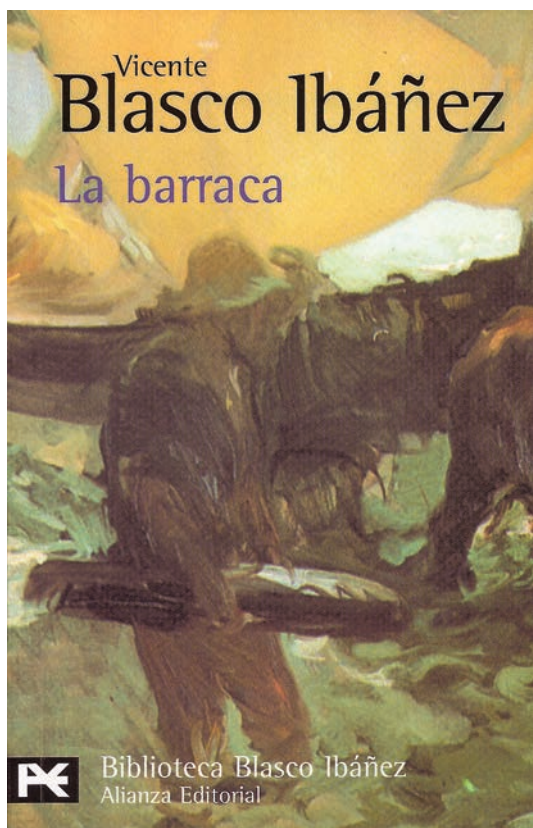
Le gustaban los veleros, hasta el punto que, antes de hacerse su casa, alquiló una alquería en la misma playa de la Malvarrosa, frente a la que colocó un bote de vela. Admiraba a los marinos y pescadores, hasta el extremo de manifestar que «quería que cuando muriese le llevarsen a hombros esos sencillos pescadores». Otro día justificó sus continuos viajes a la costa diciendo que «el mar tenía para él un lenguaje que siempre quería oír»: lo que debieron escuchar Neptuno y Poseidón, ya que las aguas de la mediterránea Costa Azul recibieron su último soplo de vida. En una carta que en sus últimos años envió a José Montero Alonso, le comentaba sobre esa residencia francesa: «Cuando

me canso de trabajar salgo al jardín, contemplo desde una gran altura el Mediterráneo, el viejo Mentón, el Cap Martin, a mi izquierda las vecinas costas de Italia, y después de este largo trago de sol, de azul mediterráneo, de aire en el que se mezclan la sal marina y el olor de las mimosas y otras flores de los Alpes, desciendo a la biblioteca para continuar mi trabajo...». Sus restos fueron trasladados a Valencia tras declararse la Segunda República, cumpliéndose su deseo, expresado en 1921 durante la última visita a su ciudad natal: «Quiero descansar en el más modesto cementerio valenciano, junto al *Mare Nostrum* que llenó de idea mi espíritu».

Una de sus primeras lecturas fue *Los miserables*, de Víctor Hugo, que tuvo gran influencia en su ideal político: según el historiador Ramiro Reig, «a partir de ese momento tuvo claro que iba a ser escritor revolucionario, agitador por la palabra y por la acción». En poco tiempo se convirtió en el político más popular de Valencia, circunscripción por la que fue elegido diputado a Cortes durante siete legislaturas. «En Valencia no se puede salir a la calle sin permiso del señor Blasco Ibáñez y de sus amigos», comentaban algunos de sus adversarios. Su primera elección coincidió con la declaración de guerra a los Estados Unidos tras la voladura del *Maine*. Su actividad política estuvo caracterizada por sus ideales republicanos y las críticas a la monarquía, que quedaron plasmadas en los más de 1.000 artículos que escribió en la prensa de la época, en los que mezclaba con desenfado el melodrama, la comicidad y la pedagogía, lo que le causó problemas con la justicia, hasta dar con sus huesos en la cárcel. Tras una larga estancia en Argentina, de la que volvió acuciado por el dinero, decidió internacionalizar su labor de escritor, lo que le llevó a convertirse en el inventor de los *best-sellers*, muchos de los cuales le abrieron las puertas de Hollywood. Esto supuso un giro radical en su vida, convirtiéndose en una máquina literaria productora de dinero, lo que nunca le perdonaron sus colegas de la Generación del 98.

Un inmenso *lluent*, azul y terso

Su obra, muy en contacto con la vida valenciana, le hizo fijar su atención en esa vecina, mitad huertana y mitad marinera, que es la Albufera, separada del mar por un cordón de dunas y pinos, conocido como Devesa; descrito su idílico paisaje en *Cañas y barro* como *inmenso lluent* —adjetivo que, literalmente, quiere decir reluciente o brillante—, azul y terso como un espejo veneciano que retrata invertidos los barcos y las lejanas orillas con el contorno ligeramente serpenteado, dentro de cuyo marco de naturaleza en estado puro vivían los pescadores gracias a la dura faena del *arte del redolí*, derecho de pesca que otorgó el rey Jaime I y que hoy hace más de 700 años se sigue practicando desde pequeñas embarcaciones impulsadas por perchas, mediante los *mornells*, unas mallas armadas en aros que colocan bajo el agua. En su famosa



novela *La barraca* —con la que llegaría su consagración como escritor— nos narra escenas en las que se confunden el agua dulce con la salada, como cuando nos describe la imagen de la barca del tío Pascualo, tras naufragar después de una tempestad: «... con la quilla en el aire, negra, lustrosa por la viscosidad del mar, flotando lúgubremente como un inmenso ataúd y rodeado de un enjambre de extraños peces», conteniendo en su interior el cadáver hinchado de su dueño, cuya viuda, sin más fortuna que esa barca rota pudriéndose sobre la arena, la transforma en un medio de vida, y el que fue siniestro mausoleo se convierte en cafetín de playa, abrevadero donde sacian su frustración y fatiga los hombres de mar y donde crecen sus hijos.

La estela de Colón

Blasco cultivó varios géneros dentro de su narrativa fuera de su ambiente valenciano, y entre su temática destaca el mar como trasfondo, que ya hallamos en sus libros de carácter histórico, como *En busca del Gran Kan*, *El caballero de la Virgen* y *Los Argonautas*, en los que mezcla algo de su propia biografía con la historia de la colonización española. El primero se centra en la figura de Cristóbal Colón, al que en su epílogo define como «el hombre de las catorce cunas y dos tumbas... que no fue sabio ni santo. Fue simplemente un hombre extraordinario, dotado de gran imaginación y firmísima voluntad, con alma de poeta y avaricias de mercader, audaz unas veces, y otras prudente en exceso, hasta el punto de dejar sin terminación las más de sus exploraciones, genial en muchas de sus concepciones y en otras obcecado y testarudo de un modo comprensible. En resumen un hombre de enormes cualidades y grandes defectos, favorecido extraordinariamente por la suerte en su primer viaje y

maltratado por ella en los siguientes, que encontró un nuevo mundo sin saberlo nunca, tropiezo más famoso y trascendental de la historia humana».

El caballero de la Virgen es la continuación inmediata de *En busca del Gran Kan*, libro que, a su vez, tenía en cierto modo como pórtico *Los Argonautas*. No iba a concluir aquí esta serie novelesca de «la raza». Luego, Blasco Ibáñez ya había planeado varios relatos a los que su imaginación les había asignado un título: *La casa del Océano* iba versar sobre Núñez de Balboa y Panamá; *El oro y la muerte* sobre Pizarro y la conquista del Perú; después tendría que escribir sobre Hernán Cortés y la conquista de México. Historias que el tiempo no le permitió finalizar. Sabemos que Blasco leyó durante su juventud la *Vida del Almirante* y que esta obra dejó una huella profunda en él. Pues bien, los apartados finales de dicha biografía contienen una reconstrucción de los sucesos más importantes protagonizados por los principales compañeros del descubridor. En la obra, quiso mostrar al personaje de Alonso de Ojeda en sus luces y en sus sombras: la dimensión heroica del conquistador, mientras que otras veces pone de relieve sus puntos más débiles. Entonces lo veremos inclinado a poseer a la mujer de un compañero de fatigas o convertido en mercader de esclavos indígenas que enviaba a Sevilla para ser vendidos.

Los Argonautas narra la historia de varios personajes que, a bordo del trasatlántico *Goethe*, y en busca de un futuro, buscan desgranar sus sueños y ambiciones. Blasco Ibáñez incluye algunos pasajes autobiográficos en la obra, y también otros acerca de la conquista de América, lo que la convierten en una parte en novela histórica. Es fruto del último de los cuatro viajes que realizó a Argentina, durante una etapa en la que quiso llevar a cabo una obra de colonización agrícola que resultó un gran fracaso.

Su novela con fondo marítimo por excelencia es *Mare Nostrum*, en la que narra las



vicisitudes de Ulises Ferragut, capitán del buque mercante del mismo nombre, que mientras hace turismo en Nápoles, durante la reparación de su barco —del que también es propietario—, conoce a una extraña mujer de la que se enamora, sometiéndose a sus caprichos, en la idea de que su amor es correspondido, hasta que le fuerza a realizar una acción bochornosa, ya que ella es un agente secreto alemán utilizada para captar naves neutrales a las que involucra en la guerra. El marino pagará caro su error, a la vez que también ella descubre haberse enamorado. *Mare Nostrum* fue la segunda novela de una trilogía que el autor escribió sobre la Primera Guerra Mundial. Representa un canto a los aliados frente al Atila germánico mediante una narración centrada en el espionaje y la guerra submarina.

Vuelta al mundo como quien pasea

«Cuando se viaja se abandonan las ciudades, por gratas que sean, con un sentimiento de alegría. Es la curiosidad que se despierta de nuevo, el instinto». Esta frase de Blasco Ibáñez nos revela parte de sus sentimientos que le llevaron a recorrer el mundo y, sobre todo, a su circunnavegación del planeta que tan bien plasmó en *La vuelta al mundo de un novelista*, en la que narra el viaje que emprendió en 1921 desde Nueva York —a bordo del *Franconia*, un paquebote de 20.000 toneladas de la naviera Cunard—, en el que rodeó la Tierra en seis meses, azuzado por el deseo de «ver el mundo y no marcharse de él sin haber visitado su redondez». Con este libro inaugura un nuevo tipo de libros de viajes por mar de carácter turístico, que a partir de entonces sería secundado por otros muchos colegas. En el inicio de la obra, Blasco Ibáñez debate consigo mismo la conveniencia o no de empezar ese periplo. Resulta curioso ver cómo va desgranando los pros y los contras de realizarlo, o los peligros con los que se va a encontrar; pero todos los argumentos en contra son rebatidos y el viaje se convierte en algo inevitable. En el relato aparecen gran cantidad de datos históricos, geográficos, culturales y políticos sobre el mundo en el período de entreguerras, narrados de primera mano de manera magistral por el autor valenciano. Sus reflexiones y descripciones arrojan una mirada sobre los distintos lugares que visita, interesantes todavía hoy, noventa y tantos años después de haberse escrito. La obra inicialmente constaba de tres tomos: en el primero, que se inicia con la partida desde Nueva York, con arribo final en la Costa Azul francesa, Blasco Ibáñez explica a un amigo el viaje que va a emprender en una carta fechada el 30 de agosto de 1923, en la que comenta algunos pormenores del proyecto:

«Querido Pigmalión: celebro mucho haber recibido noticias tuyas después de tan largo silencio, y saber que va a pasar una temporada en Francia. Puede venir a verme cuando quiera, y procure hacerlo lo antes que le sea posible,



Blasco Ibáñez durante su vuelta al mundo.

pues voy a emprender un viaje alrededor del mundo y debo antes ocuparme mucho en los preparativos de esta importante excursión. Me marcharé de aquí en los primeros días de octubre. Voy directamente a Nueva York en el *Berengaria* que es uno de los buques más grandes que existen. En Nueva York me embarcaré en el *Franconia*, un yate de 20.000 toneladas construido expresamente para dar la vuelta al mundo, con toda clase de lujos y comodidades. Hasta tiene una piscina pompeyana de muchos metros para poder nadar durante el viaje. Seremos unos cien pasajeros nada más, cada uno con un salón y su dormitorio. La gente en los Estados Unidos llama a este viaje “La vuelta al mundo de los millonarios” a causa del precio del pasaje. El precio del viaje, todo comprendido, es de unos 20.000 dólares que al cambio actual resultan 360.000 francos. Pero el viaje con sus comodidades y sus sorpresas mágicas, vale York vamos a Cuba, Panamá, California, Hawai y otras islas de la Oceanía, Japón, Corea, Manchuria, China, Filipinas, Java, Sumatra, Birmania, Ceilán, la India y Egipto. A la embocadura del Mar Rojo desembarcaré en Port Sudán, frente a la Meca; me meteré en África hasta Jartum, la misteriosa capital del Sudán, y allí me embarcaré en un Nilo que muy pocos llegan a conocer, navegando río abajo por todo el corazón de Egipto hasta El Cairo y

Alejaría. Allí volveré a tomar el buque que me llevará a Nápoles y Montecarlo, únicos puertos de Europa donde haré escala. El buque seguirá su navegación de regreso de Montecarlo a Nueva York, mientras yo me vuelvo tranquilamente a mi casa de Menton, a quince minutos del puerto de desembarco, volviendo de la vuelta al mundo como el que vuelve de dar un paseo...»

Blasco Ibáñez en el celuloide



El cine es un elemento esencial para comprender la fama de Blasco Ibáñez, un novelista cuyos argumentos literarios, como veremos, han sido frecuente objeto de adaptaciones cinematográficas. La variedad de esos filmes no excluye una coincidencia de miras en el melodrama. Quizá sea esto lo que explica que Hollywood, el cine iberoamericano y el español hayan mantenido, a lo largo de las décadas, su interés por su obra. Novelas como *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* o *Sangre y Arena* fueron objeto de varias versiones en la industria cinematográfica americana. El novelista conoció al galán español Antonio Moreno, figura principal de la versión de *Mare Nostrum*, su gran novela del mar, que años después, en 1948, produciría en España Cesáreo González, dirigida por Rafael Gil, entre cuyos intérpretes destacaban

María Félix, Fernando Rey, Guillermo Marín y José Nieto. En 1954 se realizó *Cañas y barro*, producción hispano-italiana, cuya adaptación estuvo a cargo de Manuel Tamayo. Dirigida por Juan de Orduña, el reparto disponía de actores tan competentes como Ana Amendola, Virgilio Teixeira, Aurora Redondo y José Nieto.



El acorazado *Jaime I* en el puerto de Valencia el 29 de octubre de 1933.

A partir del mismo texto literario, Televisión Española llevaría a término una teleserie, programada con éxito veinte años después, de las que destacaron *La barraca* y *Cañas y barro*, adaptadas nuevamente por TVE en 2008.

El epílogo a su vida, tan impregnada de mar, no tendría lugar hasta 1933, cuando los restos del ilustre escritor descansarían, por fin, en su querida Valencia, a la que el 29 de octubre llegó, tras surcar su adorado Mediterráneo a bordo del acorazado *Jaime I*. La comitiva que los recibió estaba integrada por las principales personalidades representando a las instituciones y a la burguesía valenciana, así como por las masas que acudieron al puerto, desde donde trasladaron el féretro a hombros hasta la Lonja, lugar donde se instaló la capilla ardiente del novelista.

Blasco Ibáñez había escrito sobre sus viajes el que podría ser su epitafio: «El valor del tiempo está en relación con las facultades del que observa. Los días de viaje de algunos valen más que los años de otros».

El USS *Carson City* recalca en Cartagena, 27 de octubre de 2017. (Foto: Óscar Rodríguez Rodríguez).

